

Los enemigos ocultos en la guerra de Afganistán

Juan Martínez

Pertenece al mal llamado movimiento «anti-globalización» y a la RCADE.

Impactados aún por las imágenes terroríficas del 11 de septiembre, no acertamos a comprender qué pasó, y a estas alturas renunciamos ya a comprenderlo, conscientes de que la información imprescindible no estará accesible hasta dentro de muchos años. Un mar de interrogantes quedarán sin respuesta, como por ejemplo, ¿cuáles son las evidencias que vinculan a Ben Laden y Afganistán con el ataque a las torres gemelas? Una pregunta ingenua que requiere respuesta, tal vez esas evidencias son inconfesables por seguridad, o tal vez no existen como afirma Stan Goff, miembro de las Fuerzas Armadas de EE UU hasta 1996: «de los 70 supuestos puntos de evidencias, sólo 9 se referían a los ataques contra el World Trade Center, y éstos eran sólo conjeturas... Como militar que ha estado involucrado en el desarrollo de numerosas operaciones durante años, puedo decir que esta iniciativa ha sido tan sofisticada y costosa que habría tenido que dejar lo que nosotros llamamos una gran «firma». Otra pregunta, en la misma línea de ingenuidad, es ¿cómo se explica que cuatro aviones de pasajeros sean secuestrados simultáneamente en EE UU y tenga que transcurrir una hora y cincuenta minutos antes de que sea activada la Fuerza Aérea, después de que dos de ellos se empotraran contra las torres gemelas y otro contra el Pentágono?

Pero si es preocupante lo que ocurrió el día 11, lo es más intentar entender lo que está ocurriendo a partir de entonces, partiendo del supuesto de que la guerra abierta contra Afganistán no puede explicarse en sí misma, únicamente sobre el objetivo de capturar a Ben Laden, reprimir a las bases de la organización Al Qaeda y ni siquiera en la voluntad de sustituir el gobierno talibán por uno mujahedin.

Las claves para una reflexión que nos aproxime a los elementos ocultos de esta guerra las encontramos en la situación previa al 11 de septiembre, *cuatro de estos posibles elementos son los que se apuntan*: la crisis energética en ciernes, la crisis económica ya diagnosticada, la crisis del complejo militar-industrial americano y la extensión del movimiento social contra la globalización económica.

La crisis energética tuvo su exponente en el verano pasado, cuando el precio del petróleo se disparó hasta los 33 dólares el barril, se produjo una gran alarma social que desencadenó la movilización de grandes colectivos de afectados por todo el territorio europeo y se puso de manifiesto cuan vulnerable es la sociedad a las variaciones del precio del petróleo. Las explicaciones dadas por los responsables gubernamentales se basaban en la política de la OPEP de reducción de la producción o en la debilidad del Euro frente al Dólar, el problema se abordó no como un problema estructural, sino coyuntural. Los gobiernos europeos perdieron una oportunidad magnífica para plantear seriamente a las poblaciones un debate sobre el problema de la energía, aunque ello podría haber incrementado la alarma y contraído el consumo, si ese ha de ser el precio a pagar por una sociedad informada, tal vez mejor incrementar el fútbol y la tele-basura. La no información convierte a la población en rehén de los intereses económicos y permite llegar a proclamar el consumo como acto de «patriotismo».

Pero en las altas instancias de gobierno europeo se es plenamente consciente de los riesgos que acechan en el camino: las reservas mundiales de petróleo están estimadas en 45 años y las de gas en 65 años, ningún recurso se agota de golpe, sino que la producción alcanza un máximo y a partir de ahí esta disminuye (un elemento al que no se dedicó excesiva



atención el año pasado es que la mayoría de países de la OPEP declaraban haber alcanzado el límite de producción), todas las previsiones apuntan a que en los próximos veinte años la demanda de energía a nivel mundial se incrementará en un cincuenta por ciento, las reservas europeas de fuentes fósiles están en fase de agotamiento y la dependencia europea de las importaciones de petróleo, gas y carbón, alcanzará el setenta y cinco por ciento de la demanda dentro de veinte años. Todos esos elementos convierten a Europa seguramente en la región más vulnerable del planeta frente a las inevitables crisis energéticas.

Las principales reservas de gas y petróleo se localizan en las regiones del Golfo Pérsico, el Mar Caspio, Argelia, Libia, Venezuela, Colombia, Nigeria, EE UU y poco más. En el informe de 1999 sobre política de seguridad, redactado por el Consejo de Seguridad Nacional de EE UU se afirma que «Estados Unidos seguirá teniendo un interés vital en asegurar el acceso a los suministros de petróleo del exterior». Por tanto, concluía el informe, «debemos mantenernos conscientes de la necesidad de estabilidad y seguridad regionales en áreas clave de producción, a fin de garantizar nuestro acceso a esos recursos tanto como su libre circulación». El libre acceso a las fuentes de recursos y la libre circulación, es para EE UU una cuestión de seguridad nacional, para Europa lo es aún más porque su dependencia exterior es mayor y sus reservas incomparablemente menores. Ello explicaría el seguidismo europeo en la operación de control de zonas conflictivas que se está llevando a cabo.

El control sobre el petróleo de Oriente Medio está garantizado a partir de las bases en Arabia Saudí, Qatar y Kuwait, unida a la presión militar ejercida sobre Irak, que a su vez permite disponer de una llave maestra sobre los precios del petróleo mediante la manipulación de las cuotas de

producción. Este control se ve oscurecido por la inestabilidad de los gobiernos de la zona, producida por la creciente radicalización de las sociedades en un sentimiento antiamericano y antioccidental, consecuencia en última instancia del expolio de recursos al que están siendo sometidas.

El dominio de los recursos del Mar Caspio, lo que significa el control sobre las exrepúblicas soviéticas, está lejos de ser un hecho, y menos aún sobre Afganistán o Irán. La puesta en explotación de estas materias primas no puede ser retrasada si se quiere mantener la estabilidad de precios, y ello implica la construcción de oleoductos y gasoductos a través de Afganistán y Pakistán. Para los gobiernos occidentales, la posesión de estas fuentes energéticas no es discutible, porque de ello depende la estabilidad de sus economías a corto, medio y largo plazo.



El segundo aspecto a considerar es la crisis económica ya diagnosticada por el FMI y los principales agentes económicos internacionales. En marzo del 1994 Albert Gore (vicepresidente americano), anunció su proyecto de autopistas de la información o *Global Information Infrastructure*, e hizo brillar ante los ojos de la *gran familia humana* la promesa de un nuevo ágora ateniense. A partir de ahí el mundo financiero se entregó a la inversión en ilusiones, el presidente de America Online expresaba el sentimiento general, «las empresas más deseables no

son aquellas que proporcionan beneficios estables, sino las que apuestan sobre un concepto», las que proclaman, «el futuro no se parecerá en nada al mundo de hoy, no podéis determinar entonces nuestro valor mirando al presente, tenéis que cerrar los ojos e imaginar un mundo nuevo».

Pero ese deseado mundo nuevo parece no responder a los insaciables apetitos del mundo financiero. *El País* publicaba el 13 de mayo de este año, «la crisis de las telecomunicaciones constituirá un desastre financiero internacional sin precedentes... *Wall Street Journal*, en un exhaustivo informe sobre las 'pérdidas de proporciones históricas' que causará el optimismo excesivo de los últimos años, utiliza un dato revelador: el 97% de la red de fibra óptica instalada en EE UU permanece sin utilizar, y sin perspectivas de demanda en un futuro».

El último informe del FMI estima que este año el mundo crecerá un 2,6%, más de medio punto por debajo de las previsiones de mayo, y Estados Unidos puede aspirar este año a un crecimiento de su producto bruto de no más del 1,3%.

Si las nuevas tecnologías no son capaces de tirar de la economía a los ritmos necesarios, la intervención del Estado se hace necesaria y la reactivación pasa por la adjudicación de pedidos multimillonarios, en este caso a la industria militar, la vieja tabla de salvación en los «añorados» años de la Guerra Fría. Hasta el 11 de septiembre un problema sin solución era como justificar ante la opinión pública esas inmensas inversiones.

Lo cual liga con el tercer aspecto a tratar, la crisis del complejo militar-industrial americano. Durante las recientes elecciones americanas los dos candidatos apostaban por una transformación radical del ejército americano, mientras Bush prometía «una revolución que significará saltar una generación en materia de tecnología»,

Al Gore afirmaba que «el país debe enfrentar nuevamente el desafío de transformar las fuerzas armadas de hoy en las fuerzas de la era de la información del mañana». Y es que los portaaviones, los tanques, los cazas y los bombarderos que intervienen en Afganistán son los mismos que se utilizaron durante la guerra fría, sólo se han producido avances en la fabricación de misiles de precisión, bombas, y sistemas de información.

Un especialista en estudios estratégicos como el profesor Eliot A. Cohen afirma en un artículo escrito en la primavera de este año, que «en el Pentágono hay problemas serios... la estrategia estadounidense aún responde a una concepción del poderío militar derivada de la Guerra Fría; en consecuencia, es incapaz de adaptarse a los desafíos del nuevo siglo: defensa del propio territorio, creciente poderío de China y lo que sólo puede designarse como «policía imperial». Mientras tanto, la tecnología estadounidense (con todo lo impresionante que es) todavía sigue las concepciones originadas en la Guerra Fría. El Pentágono tiende a adquirir más, sistemas adecuados para combatir con la extinta Unión Soviética en territorio europeo, que el armamento óptimo para Asia, América del Norte y los extensos territorios en conflicto donde Washington trata de mantener la paz». «Al Pentágono le han faltado fondos para reemplazar el vetusto armamento que emplea en todo el mundo. La reducción presupuestaria se ha estimado en cantidades que van de los 25.000 millones de dólares al año a tres veces esa cantidad (los últimos cálculos de la oficina de presupuesto del Congreso la ubican en 50.000 millones de dólares anuales)».

La readaptación de las Fuerzas Armadas debería hacerse en cuatro frentes: «protección contra armas de destrucción masiva, dominio con armas convencionales, contingencias de corto plazo y mantenimiento de la paz».

Los nuevos «enemigos potenciales» han sido designados y las inversiones militares ya tienen vía libre.

Lo que incluiría la construcción de un escudo antimisiles y como un producto derivado el desarrollo de armas antisatélite, la creación de unidades de lucha contra el uso de armas de destrucción masiva en territorio americano, y en particular contra el uso de armas biológicas. Para ello se hace necesario abandonar el Tratado de Misiles Antibalísticos (ABM, firmado en 1972). El arsenal nuclear es un elemento imprescindible en la estrategia de disuasión, la sustitución y adaptación a las nuevas necesidades de todo el armamento convencional es una prioridad, «Durante casi medio siglo, las fuerzas armadas estadounidenses se organizaron para sostener batallas cortas y extremadamente intensas en territorio europeo, desde bases fijas, de gran capacidad y separadas por distancias relativamente cortas. Ninguna guerra asiática tendrá ese aspecto. Ganar un conflicto en Asia se logrará dando batallas de gran alcance desde bases dispersas, móviles u ocultas, con fuerzas capaces de sostener enfrentamientos prolongados en el aire, el mar o el espacio».

El profesor Eliot acaba alcanzando unas conclusiones sobre las que es inevitable meditar, «el sistema actual no ofrece las condiciones para el desarrollo de una estrategia de revisión semejante. ¿Cómo podría serlo si se mantiene como prisionero de un proceso burocrático asfixiante?... para invertir en poderío militar convencional habrá que designar enemigos potenciales concretos, lo que no sería poco: incluso en los tiempos de la Guerra Fría, el Pentágono echaba mano de un púdico eufemismo, «la amenaza», para hablar de la Unión Soviética. Hoy la dificultad es bastante mayor, pues

China no es sólo un adversario más: Estados Unidos tiene un enorme interés económico en su bienestar. Identificar a China como adversario estratégico primario provocará la ira no sólo de quienes creen que con buena voluntad puede eliminarse o reducirse la necesidad de exhibir las armas, sino también de los banqueros, comerciantes, empresarios y ejecutivos de compañías multimillonarias».

A estas alturas si algo podemos afirmar es que los nuevos «enemigos potenciales» han sido designados y las inversiones militares ya tienen vía libre.

Y así llegamos al cuarto aspecto que queríamos tratar como elemento desestabilizador en la situación previa al 11 de septiembre, se trata de la extensión y la fuerza alcanzada en muy poco tiempo por el movimiento social contra la globalización económica. Posiblemente no se ha analizado suficientemente el impacto y las consecuencias de las acciones desarrolladas, ni las alarmas que ha suscitado en las estructuras de poder han sido tomadas en serio. Las primeras reacciones de estas estructuras han sido defensivas: negativas de países a organizar eventos internacionales, suspensión de cumbres, fortificación de ciudades y recintos. Los máximos exponentes en ese sentido han sido las últimas movilizaciones de Génova, ante las que el Gobierno Italiano no dudó en construir una fortaleza en torno a los centros de convenciones, y convertir la ciudad y los alrededores en un espacio preparado como campo de batalla, con una ciudad desalojada y los escaparates precintados. La cumbre clausurada del FMI y el BM en Washington incrementaba los niveles de confinamiento con muros de contención de acero.

Un informe de agosto del 2000 del Servicio de Inteligencia y Seguridad Canadiense dedicado a analizar la «anti-globalización» concluye que

«las protestas anti-globalización van a continuar... Los organizadores de las conferencias, agencias de seguridad y fuerzas del orden tendrán que aceptar esta realidad y preparar cuidadosamente sus planes de contingencia... Internet es, y será, una fuente importante para promover y planificar las protestas; los organizadores de las conferencias oficiales deberán monitorizar la red cuidadosamente para determinar las intenciones y objetivos de los manifestantes, así como para no ser sorprendidos por incidentes inesperados».

A estas alturas la ofensiva contra los grupos «anti-globalización» está en marcha y no es casual que, en la terminología policial y mediática, se incorporen y confundan cada vez más términos como «terrorismo», «anarquista», «radicales», «antisistema», «disidencia política», confusión alimentada por detenciones de presuntos terroristas, en las que se vincula a las organizaciones en que éstos participan, lo cual permite criminalizar a los grupos y movimientos, por prácticas que son individuales y no compartidas por la mayoría, para acabar criminalizando y colocando bajo sospecha el derecho a la diferencia, la discrepancia y la disidencia. Alimentadas también por el uso oportunista que grupos, personas o infiltrados policiales hacen de la violencia en manifestaciones y actos acordados como no violentos.

Lo cual permite a Mayor Oreja ponernos a todos bajo sospecha al afirmar que «el terrorismo no es sólo un grupo de comandos que actúan, sino un proyecto que trata de asentarse en la sociedad, y para combatirlo es necesario también luchar contra sus estructuras sociales, económicas, políticas e, incluso, de comunicación, que lo apoyan y nutren».

Si el concepto de «terrorismo» es ambiguo lo es más el concepto «vio-



Si existía alguna duda sobre cómo serían utilizadas las potencialidades de la sociedad de la información, si en el sentido de potenciar la teledemocracia, la información y la participación, o en el de la telecracia como instrumento de afirmación de los poderes establecidos, hoy ya no existe.

lencia» o «apoyo». En el primer caso tres definiciones de referencia ejemplifican la ambigüedad: «el uso calculado de la violencia o de la amenaza de la violencia para obtener objetivos que son de naturaleza política, religiosa, o ideológica. Esto es realizado a través de la intimidación, la coerción, o infundiendo miedo» (EE UU), según esta definición, el asedio a una cumbre oficial ¿podría ser calificado de acto terrorista? «Uso o amenaza de uso de acciones violentas contra personas o propiedades con el propósito de apoyar una causa política, religiosa o ideológica» (Inglaterra), ¿romper un cristal o lanzar una piedra a la policía sería un acto terrorista?, «Delitos terroristas son los que se cometen 'perteneciendo, actuando o colaborando con bandas armadas, organizaciones o grupos cuya finalidad sea la de subvertir el orden constitucional o alterar gravemente la paz pública'» (España), ¿luchar contra el desorden establecido, es terrorismo?

Esa ambigüedad será utilizada para que los instrumentos de control y represión que se están poniendo en marcha sean orientados hacia todo tipo de disidencia social. Los derechos sociales y políticos que amparan incluso el derecho a la discrepancia han de ser alterados para combatir con más efectividad, también a los grupos «anti-globalización», que se amparan en la libertad de información, circulación y reunión para desarrollar sus acciones.

Las restricciones necesarias son fácilmente asumibles después del 11 de septiembre, antes eran impensables. Si existía alguna duda sobre cómo serían utilizadas las potencialidades de la sociedad de la información, si en el sentido de potenciar la teledemocracia, la información y la participación, o en el de la telecracia como instrumento de afirmación de los poderes establecidos, hoy ya no existe.